

## DOMINGO DE RAMOS (CICLO A)

Qué contraste entre el Hosanna que escuchábamos al principio y el relato impresionante de la Pasión. Así somos los hombres: volubles, cambiantes. Así son también las glorias humanas.

Pero Jesús es otra cosa. Los cantos de triunfo de hoy nos preparan para el aleluya que entonaremos el domingo próximo en honor del Señor, muerto en la cruz y sepultado, que sale radiante del sepulcro. Con las palmas y los ramos que hoy agitamos lo aclamaremos por siempre: Jesús, tú eres mi Rey y mi Señor.

Mientras tanto acompañamos a Jesús en su Pasión. El relato que hemos escuchado nos la ha hecho vivir con todo su dramatismo, desde la traición de Judas y la institución de la eucaristía hasta la sentencia de muerte en cruz y su ejecución, mientras las autoridades, triunfantes, se burlan. Hemos escuchado las últimas palabras que rubrican, a la hora de la muerte, lo que ha sido su vida entera: "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu". Y dicho esto, expiró.

Esta fidelidad absoluta, esta confianza filial, han guiado toda la vida de Jesús: el Hijo amado en quien el Padre se ha complacido. Ha recorrido su camino. Jesús no ha complacido a la gente importante; si lo hubiera hecho, no habría terminado en una cruz. Jesús no se ha dejado conquistar por las aclamaciones triunfales del pueblo. Tampoco se ha dejado derrotar por los odios de su Pasión. Jesús es un espíritu verdaderamente libre. Solo ha mirado de complacer al Padre.

Estas últimas palabras, "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu" son anuncio de vida. Las manos a las que el Hijo se confía son las manos del Dios que es Padre de amor y de vida. Por eso en esa cruz, la Cruz de Jesús tenemos la vida y la victoria definitiva: "Victoria, tú reinarás. Oh, Cruz, tú nos salvarás".

Jesús hoy entra en Jerusalén. Pidamos a la Virgen María que dejemos que Jesús entre en la ciudad de nuestra vida, por la puerta bien abierta de nuestro corazón.